

Gabriela Mistral, Campesina del Valle de Elqui

Por

MARTA ELENA SAMATAN

EN el extremo de América del Sur, sobre el océano Pacífico, se alarga la estrecha faja chilena, desde el trópico hasta la Antártida. Raro país, angosto pasadizo entre mar y cordillera, país de contrastes en vegetación y paisajes, en clima y producción.

Si el continente nos prestó escabel en vez de asiento, el mar nos ha dado todas las posibilidades en casi cuatro mil quinientos kilómetros de costa, dice Gabriela Mistral. De norte a sur, a lo largo de esa costa, el país se va dividiendo en regiones de bien marcado deslinde. Empieza con las salitreras del Norte Grande, zona muy rica en minerales y pobres, pobrísima en agua y plantas. Luego siguen los valles transversales que arrancan de la cordillera y terminan en el Pacífico, abarcando una vasta extensión erizada de cerros apretados donde algunos ríos se abren paso penosamente en su intento de llegar al mar. Después viene el valle central, la única parte relativamente llana de este largo territorio, la región más rica, más poblada y más conocida. A continuación encontramos la magnífica selva sureña antiguo dominio del araucano, donde los copihues decoran intrincadas ramazones, impenetrables y majestuosas. Es lo que Gabriela Mistral ha denominado el *tropico frío*. Por último aparecen las recortadas islas y costas antártidas como piezas de algún fantástico rompecabezas de demiurgos.

Así es Chile, la patria de Gabriela Mistral. Su patria grande. Pero nunca lograríamos comprender plenamente la personalidad de

la escritora si hiciéramos caso omiso de su patria chica, el valle de Elqui, el tercero de los valles transversales chilenos.

Esa región de los valles transversales suele recibir el nombre de Norte Chico. Aunque fue minera desde los primeros tiempos de la colonia y algunos de sus minerales gozaron de larga fama —como Chañarillo, en el valle de Copiapó, la mina de plata donde trabajó Sarmiento—, no puede competir en la actualidad con la riqueza salitrea y cuprífera del Norte Grande.

Halla su desquite en la agricultura intensiva, hecha a base de riego porque las lluvias son sumamente escasas. La calidad de sus productos goza de merecido renombre. *Esta es la región* —señala Gabriela— *productora de un higo tan bello como el siciliano; de una larga pasa solar, mejor que la griega: de una papaya más exigua que la otra muy grasa del trópico, puro aroma y sabor constreñidos, y de un aguardiente que se cuenta entre las bebidas menos estropeadoras del cuerpo.*

El valle de Elqui está situado en el confín norte de la provincia de Coquimbo, a la altura del paralelo 30. Las aguas del río desembocan en la parte media de una amplia bahía en cuyo extremo sur está el puerto de Coquimbo. Sobre una meseta empinada hacia los cordones cerriles, bordeando la orilla izquierda de las correntosas aguas, frente al mar, se levanta la vieja ciudad de La Serena, capital de la provincia, fundada en 1543 por don Francisco de Aguirre. Ciudad tranquila, apacible, de clima deliciosamente templado. La tradición le ha pesado como lastre y recién ahora se está liberando de ella y evolucionando con el siglo.

Sobre el costado norte de La Serena se abre la entrada del valle. De cada orilla arrancan cerros y más cerros, escalonándose hacia los cordones más elevados que median entre valle y valle: el de Huasco hacia el norte, hacia el sur el de Hurtado continuado por el de Limarí.

Esos cerros elquinos se ofrecen desnudos, pelados, agrestes. De vez en cuando presentan hendiduras gigantescas que nos hablan de cataclismos remotos. A medida que avanzan hacia la cordillera van

Gabriela Mistral, Campesina del Valle de Elqui

tomando extraños colores rojos, amarillos, azulados. Al atardecer se envuelven en tenues gasas color malva :

En el valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden en rojo o azafrán.

En medio de ese impresionante apretujamiento de cerros la gente carece de la libertad de movimientos del habitante de la llanura, donde todo se vuelve horizonte. En el valle de Elqui se puede ir *para arriba* o *para abajo*, es decir hacia la cordillera o hacia el mar. O bien *para el alto* o *para el bajo*, es decir hacia los cerros o hacia el río.

El valle se estrecha cada vez más a medida que avanza hacia la cordillera. La angostura hace que los cultivos se yergan en verticalidad y los encajes verdes de las viñas cubren las empinadas laderas hasta la última posibilidad de riego.

Los pueblos, o remedos de pueblos, no tienen espacio para extenderse. Están formados por una sola calle angosta, zigzagueante, amoldada a las curvas cerriles, calle que se confunde con el camino en cornisa, camino de pronunciadas cuestas y poco tranquilizadora anchura, pero que sirve de vínculo a las gentes de tierra adentro hasta perderse por extraviados vericuetos andinos. *Es el valle mirado desde lo alto* —observa Gabriela Mistral— *una especie de collar roto: son las aldeas con su treintena de casas blancas, veladas por los árboles.*

Las casas de esos pueblos no tienen más remedio que pegarse a los cerros y subir con ellos el repecho o irse en pendiente hacia el río. La noción de horizontalidad termina por desaparecer en el valle de Elqui.

En esas tierras encontramos nombres españoles y nombres indios: El Tambo, San Isidro, Montegrande, Diaguitas, Huanta, Paihuano, Cochiguaz.

MARTA ELENA SAMATAN

La fruta es la gran riqueza del valle, la riqueza tradicional: uva, duraznos, higos, nueces. El sol elquino hace que esa fruta sea de una dulzura excepcional. Ya Darwin, al visitar la región en 1835, había observado que la fruta de los fundos cordilleranos era mucho más sabrosa que la cosechada cerca de la costa. *Mi tierra de ambrosias*, llama Gabriela a su valle, y al evocar a los Andes abrumadores, recuerda:

Pasas el valle de mis leches,
amoratando la higuera...

Ese es el valle natal de Lucila Godoy Alcayaga, Gabriela Mistral. Allí nació en la pequeña ciudad de Vicuña, capital del departamento de Elqui, el 7 de abril de 1889. Pero toda su infancia, hasta comienzos de siglo, transcurrió en la aldea de Montegrande, *para arriba*, donde se juntan las aguas claras del Elqui y del Cochiguaz, entre fundos pisqueros, jugando a la sombra de higueras bíblicas y apretados duraznales. Por eso la escritora invocará siempre su calidad de campesina elquina:

La patria es la infancia, el cielo, el suelo y la atmósfera de la infancia... Yo sigo hablando mi español con el canturreo del valle de Elqui; yo no puedo llevar otros ojos que los que me rasgó la luz del valle de Elqui; yo tengo un olfato sacado de esas viñas y esos higuerales y hasta mi tacto salió de aquellos cerros con pastos dulces o pastos bravos...

Los recuerdos de Elqui, de la infancia elquina, persistirán en Gabriela a través de los largos años de destierro voluntario. En muchas estrofas de sus poemas alude claramente a su valle natal.

En su canto a la cordillera de los Andes, *carne de piedra de la América*, surgen los versos:

¡En el cerco del valle de Elqui,
en luna llena de fantasmas,
no sabemos si somos hombres
o somos peñas arrobadas!

Gabriela Mistral, Campesina del Valle de Elqui

Entre las cosas que amó y ya no tiene, pone a su río:

Un río suena siempre cerca.
Ha cuarenta años que lo siento
Es canturía de mi sangre
o bien un ritmo que me dieron.

O el río Elqui de mi infancia
que me repecho y me vadeo.
Nunca lo pierdo; pecho a pecho,
como dos niños, nos tenemos.

Insiste en su rememoración una y otra vez:

Todavía yo tengo el valle,
tengo mi sed y su mirada

Yo soñaba una higuera de Elqui
que manaba su leche en mi cara.

Desde tierra mexicana lanza un clamor sobre los años lejanos
que amenazan perderse:

Cuesta repechar el valle
oyendo burlas del mar,
pero a más andamos, menos
se vuelve la vista atrás.
La memoria es un despeño
y es un grito el recobrar.

Al recibir el regalo, valioso para ella, de una caja de pasas el-
quinas, todas las laderas de los fundos van a su encuentro:

Van saliendo los sartales
de abejas y de cigarras
con sollamo de diez soles
y enjutas, pero enmieladas.

Cepa mía vendimiaron
Ana y Rosa al sol dobladas.
En sarmientos, lagarteando,
donde yo corté, cortaban,
y toparon con mis dedos
de niña entre la maraña...

Los que llegan palpan todo
y se quedan sin la gracia:
ladera y viña no ven;
no cae el Valle a sus caras.
Ellos festejan racimos,
yo festejo resolanas,
gajos vivos de mi cuerpo
y la sangre mía arribada...

Más de una vez el valle de Elqui ha sido evocado en esa prosa rica y jugosa de la gran escritora:

El valle de Elqui; una tajeadura heroica en la masa montañosa, pero tan breve, que aquéllo no es sino un torrente con dos orillas verdes. Y esto, tan pequeño, puede llegar a amarse como lo perfecto... Tiene perfectas las cosas que los hombres pueden pedir a una tierra para vivir en ella: la luz, el agua, el vino, los frutos ¡y qué frutos! Lengua que ha probado el jugo de su durazno y boca que ha mordido su higo morado, no será sorprendida en otro por mejor dulzura.

En otra oportunidad lo describe:

El valle de Elqui es la cuchillada más estrecha con que un viajero pueda encontrarse en cualquier país; he andado bastante y no conozco región más angustiada de suelo vegetal y en el cual, sin embargo, vivan tantas gentes. Se camina por él como tocando con un costado un cerro y con el otro el de enfrente, y aquellos que están acostumbrados a holgura en el paisaje, se sienten un poco ahogados cuando van por el fondo de ese corredor de montañas salvajes. Estoy segura que las niñas de la escuela de mi hermana, cogidas de la mano, daban la anchura máxima del valle.

Gabriela Mistral, Campesina del Valle de Elquí

El padre de la escritora, don Jerónimo Godoy Villanueva, era oriundo de San Félix, en el valle de Huasco. Desempeñaba el cargo de maestro de escuela en un pueblo elquino del interior y allí se casó con Petronila Alcayaga Rojas, perteneciente a una vieja familia del valle, pero de una rama muy venida a menos y en una situación lindante con la pobreza.

Godoy era alto y moreno. Tenía inteligencia natural y cierto talento artístico. Era hombre cultivado, conocía el francés, era versado en letras y dibujaba bastante bien. Cualidades todas que no le reportaban mayores beneficios económicos. El magro sueldo que percibía era toda su fortuna. De vez en cuando componía versos. Cuando nació la hija brotaron muchas estrofas de su pluma:

Duérmete Lucila
que el mundo está en calma,
ni el cordero brinca,
ni la oveja bala.

Duérmete Lucila,
ojitos de cielo,
mira que tu madre
también tiene sueño.

A veces la inspiración intentaba traducir esa dulce esperanza que la vida incipiente de la hija había hecho surgir:

¡Oh, dulce Lucila que en días amargos
piadosos los cielos te hicieron nacer!
¡Quizás te preparen, para ti, hija mía,
el bien que a tus padres no quiso ceder!

A pesar de todo su lirismo, Godoy nunca resultó buen padre ni buen marido. Al final abandonó a la familia, volvió a su valle de Huasco y nunca más retornó a Elquí. Murió antes de 1910 y no logró entretener siquiera el glorioso destino de su Lucila.

La madre de Gabriela, Petronila Alcayaga Rojas, era nacida y criada en Peralillo, lugarejo situado frente a Vicuña, río de por medio, famoso por su fruta de mesa, sus tomates y sus ajíes. Doña Petita era menuda de cuerpo, rubia, de ojos verdes. Tenía facciones delicadas, labios finos y hermosa frente. Llevaba el pelo simplemente recogido sobre la nuca. Había recibido el don de una voz maravillosa. Aún recuerdan algunos viejos de Vicuña que gente de La Serena viajaba expresamente para oírla cantar en la iglesia, con motivo de alguna festividad religiosa. Su hija nos ha dejado esta descripción:

Mi madre era pequeñita
como la menta o la hierba;
apenas echaba sombra
sobre las cosas, apenas,
y la tierra la quería
por sentirse ligera
y porque le sonreía
en la dicha y en la pena.

Los niños se la querían,
y los viejos y la hierba,
y la luz que ama la gracia,
y la busca y la corteja.

Desde México escribió unos párrafos inolvidables sobre la madre ausente:

Madre: Yo he crecido, como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas... Y a la par que mecías me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras juguetonas, pretextos para tus mimos... En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia, ¡tan extraña!, en que la habías puesto a existir... Y así yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombradora de las criaturas que no aprendiera de ti. Las maestras sólo usaron después

Gabriela Mistral, Campesina del Valle de Elqui

de los nombres hermosos que tú ya habías entregado... Y cuando ya supe caminar de la mano tuya, apegadita cual un pliegue vivo de tu falda, salí a conocer nuestro valle... Gracias en este día y en todos los días por la capacidad que me diste de recoger la belleza de la tierra, como un agua que se recoge con los labios...

En esta prosa, escrita hacia 1923, está el germen del poema *La Cuenta Mundo*, incluido en *Tala* en 1938.

Lucila Godoy tenía una hermana materna, quince años mayor que ella: Emelina Molina, casada más adelante con José de la Cruz Barraza. Cuando la familia quedó desamparada, Emelina logró obtener un puesto de maestra en Paihuano y, al año escaso, le dieron el cargo de directora de la escuela de Montegrande. Lucila debía tener unos tres años escasos en la época de ese traslado. Más tarde cursó sus estudios primarios bajo la inmediata dirección de su hermana. Conviene recalcar que esos estudios regulares fueron —puede afirmarse— los únicos realizados por ella. Gabriela Mistral nunca concurreció a ninguna escuela secundaria.

Al escribir su poesía *La maestra rural*, incluida en *Desolación*, Gabriela estaba recordando a Emelina:

La maestra era pobre. Su reino no es humano.
(Así en el doloroso sembrador de Israel).
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano
¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!

Entre su madre que le contaba el mundo y su hermana que la iniciaba en el saber escolar, transcurrió la infancia de Lucila Godoy. Cerros, viñas, higuerales y duraznales eran todo su horizonte.

Era retraída. A la compañía de la gente prefería la de los frutales:

*Yo era una niña triste, madre, una niña huraña como son los
grillos oscuros en el día, como es el lagarto verde, bebedor de sol.
Y tú sufrías de que tu niña no jugara como las otras y solías decir*

que tenía fiebre cuando en la viña de la casa la encontrabas conversando con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño embelesado.

Lucila sabía que detrás de esas alturas que circundaban al caserío, no demasiado lejos, hacia el poniente, estaba el mar. Ese mar que representaba un irreprimible anhelo hacia lo desconocido:

Todas íbamos a ser reinas,
de cuatro reinos sobre el mar:
Rosalía con Efigenia
y Lucila con Soledad.

La guitarra y el canto llenaban las veladas. Las canciones en boga en ese fin de siglo eran entonadas sucesivamente. A veces el tono era alegre y despreocupado. A ratos se cargaba del sentimentalismo peculiar de la época. *Por aquellos años* —comentaba Emelina medio siglo después— *todo se decía por medio de canciones. Era el único lenguaje permitido a las mujeres.* Por eso aquellas estrofas llenas de afectividad han perdurado hasta nosotros y todavía resumen como lánguidas voces de los que sufrieron y amaron en aquellos tiempos. Eran canciones dulces, melancólicas, románticas, apropiadas para despertar sentimientos en el alma sencilla de una aldea perdida entre cerros cordilleranos. Todos los anhelos iban a dar a las cuerdas de la guitarra.

En toda la poesía de Gabriela repercute su infancia campesina. Nos habla de trigo, maíz, lagares, viñas, pasas, higueras, nogales, senderos de montaña, murmullos de agua de acequia.

No ha olvidado el sabor del pan amasado en los fundos y lo añora con pena:

Tan lejanos se encuentran los años
de los panes de harina candeal
disfrutados en mesa de pino,
que negamos, mejor, su verdad,

Gabriela Mistral, Campesina del Valle de Elquí

y decimos que siempre estuvieron
nuestras vidas lo mismo que están,
y vendemos la blanca memoria
que dejamos tendida al umbral.

Su nostalgia surge en cantidad de estrofas:

Pienso en umbral donde dejé
pasos alegres que ya no llevo,
y en el umbral veo una llaga
llena de musgo y de silencio.

Me busco un verso que he perdido,
que a los siete años me dijeron.
Fue una mujer haciendo el pan
y yo su santa boca veo.

Viene un aroma roto en ráfagas;
soy muy dichosa si lo siento;
de tan delgado no es aroma,
siendo el olor de los almendros.

Me vuelve niños los sentidos;
le busco un nombre y no lo acierto,
y huelo el aire y los lugares
buscando almendros que no encuentro.

Su cariño profundo y constante por el terruño se traduce en esta
queja:

Perdí cordilleras
en donde dormí;
perdí huertos de oro
dulces de vivir...

Para Gabriela Mistral el valle de Elqui fue *la dicha fiel y la dicha perdida*.

Hay una patria campesina universal —ha escrito Gabriela— que es la de los criados y contruidos en el campo. La campesina provenzal que recoge la aceituna, apaleando el olivo cerca de mi casa, es criatura más próxima a mi vida que el rentista santiaguino con el que me encuentro en un balneario y que no tiene conmigo ninguna visión común, ninguna memoria de paisaje compartible; los niños de las colinas de Sestri, en la Liguria, que viven como yo viví, trepando y bajando cerros y comen a la noche una cena de higos con pan, se entienden conmigo mejor que los niños bien educados que me llevan en La Habana o Panamá, como presentes de lujo...

Ese apego fiel a lo campesino —la campesinería que es mi dicha y mi costumbre, dirá en cierta ocasión— la hizo preferir siempre la residencia al margen de las ciudades que le tocó habitar. En La Serena fue una quinta llena de papayos, a pocas cuadras del mar. En Santa Rosa de los Andes, por la época de los juegos florales que la hicieron famosa, vivía junto al río Aconcagua, en una casa de campo que le ofrecía plantas a profusión, agua de acequia y cantos de pájaros. En Francia prefirió los olivares de Provenza al fragor parisiense. Y siempre se sintió más a gusto en la campiña italiana que en Roma o Florencia. México, uno de los países que más la ha querido y comprendido, le regaló unas hectáreas en Jalapa para que alguna vez cumpliera su sueño de instalarse definitivamente en el campo. Sueño que no logró realizar.

Las ciudades no la impresionaban mayormente. *Las capitales —dice por ahí— sólo se aman cuando son muy hermosas y no son tales sino cuando las domina y gobierna un estilo arquitectónico.*

Descubre en los países que cruzó —y fueron muchos— el rasgo característico que les ha dado la naturaleza. Así las Antillas:

Anda el café como un alma vehemente;
 en venas anda de valle o montaña
 y punza el sueño de niños oscuros;
 hierve en el pan y sosiega en el agua.

Gabriela Mistral, Campesina del Valle de Elqui

el Ecuador :

¡En el mundo está la luz,
y en la luz está la ceiba,
y en la ceiba está la verde
llamarada de la América!

México :

El Anáhuac ensanchan
maizales que crecen.
La tierra por divina
parece que la vuelen.

Maizal hasta donde
lo postrero emblanquee,
y México se acaba
donde el maíz se muere.

Cuando visita Argentina, en 1938, ignora a Buenos Aires, pero
en cambio tiene palabras inolvidables para nuestra costa atlántica .

Victoria, la costa a que me trajiste,
tiene dulces los pastos y salobre el viento,
el mar Atlántico como crin de potros
y los ganados como el mar Atlántico.

Para ella nuestra tierra es la patria del pan :

Los brazos segadores
se vienen y se van.
La tierra de Argentina
tiembla de pan.

A pan segado huele
el pecho del jayán,
a pan su padrenuestro,
su sangre a pan.

En aquella oportunidad estuvo en Santa Fe, Rosario y Paraná, dejándonos el precioso *Mensaje a los niños del Litoral*¹ que todos los años debiera ser leído y comentado en las escuelas santafesinas. La impresiona nuestro río, pero más la impresionan los elevadores de granos rosarinos, erguidos como torres de Cibele:

Yo nunca olvidaré, niños argentinos, esos graneros rosarinos, empinados como aleluyas del trigo; siempre llevaré en mis ojos su signo blanco, su raya vertical, su dedo afirmador de la abundancia feliz.

Vuestra llanura es una horizontalidad perfecta, por voluntad de pan; vuestra lluvia también cae copiosa por voluntad de pan y vuestro aire vuela sin vidrios de hielo, igualmente por amparo del pan.

¡Alabad vuestro cereal santo, aunque lo tengáis resabido y sea vuestra costumbre eterna! La alabanza es el regusto de la gratitud que se vuelve devolución. ¡Haced himnos con el trigo, dibujos incontables con la espiga y la gavilla y haced danza con las parvas!

¡Ande siempre el trigo en vuestra probidad racial; vuele el trigo en vuestro donaire criollo; los americanos palpemos en vosotros siempre una nobleza de trigo, y seáis vosotros, niños argentinos, lo que esta vieja maestra quiere, cuando mira a cada niño de su raza: grano maduro para resistir el mal y grano tierno para amasar la humanidad que pide todavía Cristo, la cristiandad cabal, la que parece que no hubiese nacido aún y que Cristo tal vez ya no espera sino de nosotros, gente americana, gente nacida para la nobleza y la piedad totales!

En el poema *La Cuenta Mundo*, la escritora retoma los dichos de su madre. Es la voz de doña Petita la que se oye a través de su poesía, contándole a su niña el mundo campesino que la rodea, describiéndole las cosas, penetrándolas, amándolas:

Niño pequeño, aparecido,
que no viniste y que llegaste,
te contaré lo que tenemos
y tomarás de nuestra parte.

¹ El *Mensaje a los niños del Litoral* fue escrito en Rosario y dedicado a Lola Dabat y Olga Cossettini, maestras del Paraná.

Gabriela Mistral, Campesina del Valle de Elquí

Y la madre le va contando al niño el aire:

que sin boca que tú le veas
te toma y besa, padre amante.

La luz, *que para verte, hijo, me vale*, las alondras, la montaña que

Apuñada y negra la vemos,
como mujer enfurruñada;

el agua:

¡Beben del Agua dos orillas,
bebe la Sed de sorbos grandes,
beben ganados y yuntadas,
y no se acaba, el Agua Amante!

los animales, la fruta, el pinar, el fuego: *que mataría / y sólo sube so-
lazarte*, la casa con su mesa tendida, la sal, el aceite, el pan:

Oro más lindo que oro del pan
no está ni en fruta ni en retama,
y es su olor de horno y espiga
el de una dicha que no sacia.

Las estrofas dedicadas a la tierra por la *cuenta mundo* alcanzan
un tono emotivo rara vez igualado en lírica alguna:

Se oyen cosas maravillosas
al tambor indio de la tierra:
Se oye el fuego que sube y baja
buscando el cielo, y no sosiega.
Rueda y rueda, se oyen los ríos
en cascadas que no se cuentan.
Se oyen mugir los animales;
se oye el hacha comer la selva.

MARTA ELENA SAMATAN

Todo lo carga, todo lo toma
y no hay tesoro que lo pierda,
y lleva a cuestras lo que duerme,
lo que camina y que navega,
y lleva a vivos y lleva a muertos
el tambor indio de la Tierra.

Cuando muera, no llores, hijo,
pecho a pecho ponte con ella;
te sujetas pulso y aliento
como que todo o nada fueras,
y la madre que viste rota
la sentirás volver entera,
y oirás, hijo, día y noche,
caminar viva tu madre muerta.

Los azares de la carrera consular, a que Chile la destinó después de su gloriosa trayectoria literaria, convirtieron a Gabriela Mistral en perpetua viajera. No hubo país americano que ella no pisara. Los conocía a todos, los amaba y los comprendía. Esta elquina, que nunca supo olvidar el sabor de los higos de su tierra ni el murmullo de las aguas de su río, es el emblema cabal de América, de toda América, tanto la del Pacífico como la del Atlántico, tanto la que está al norte del canal como la que se halla al sur, tanto la que habla español como la que habla portugués, tanto la América hispana como la América india.

Su voluntario destierro solía pesarle. La obligó a vivir lejos de todo lo que había sido su mundo. Volcó su añoranza en un *Canto a Chile*, aún sin publicar. A él pertenecen estas estrofas:

Mi infancia, aquí, mana leche,
de cada rama que quiebra.
Tengo que llegar al valle
trocando mirada y gesto.
De Peralillo a La Unión,
vario, único y entero.

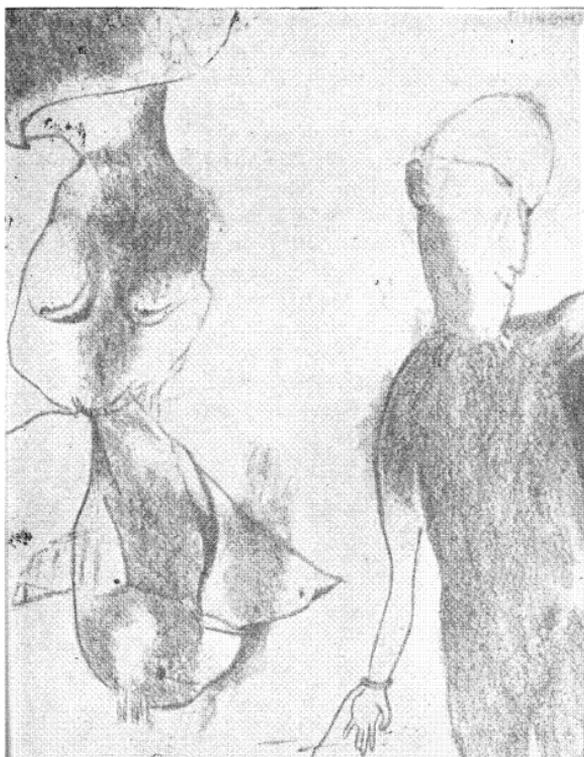
Gabriela Mistral, Campesina del Valle de Elqui

En Liguria y en Provenza,
huertos que no tengo, sueño.

Los restos de Gabriela Mistral descansan en la aldea de Montegrande, sobre una altura desde la cual se dominan las viñas y los huertos elquinos.

Al evocar a esta mujer campesina, esta maestra rural, amante de las cosas del pueblo, que salió de las profundidades recónditas de un valle chileno para escalar las cumbres más altas de la poesía, debemos repetir la estrofa de su poema:

Y Lucila, que hablaba a río,
a montaña y cañaverál,
en las lunas de la locura
recibió reino de verdad.



Jorge Cohen
Dibujo / 1965